

Novela Elena Ferrante continúa la historia de dos amigas en Nápoles

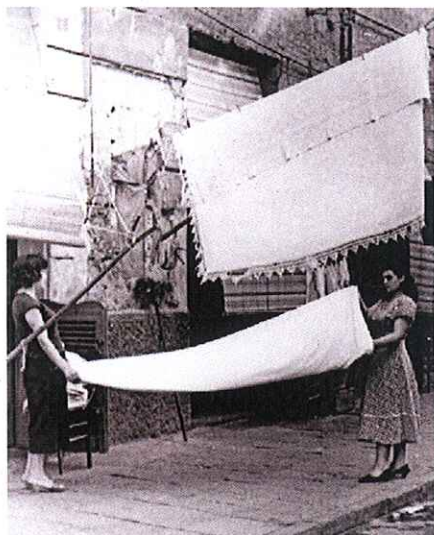
Autora sin rostro

Elena Ferrante
Un mal nombre
Traducción de Celia Filippetto

LUMEN
554 PÁGINAS
24,90 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Me llega *Un mal nombre* (*Storie del nuovo cognome*), segundo tomo de la trilogía que Elena Ferrante centra en Nápoles. ¿Su ciudad natal? Tal vez, pero nadie lo sabe con certeza. En realidad persiste el misterio más hermético en torno a la figura de Elena Ferrante, venga de donde venga, ya sea mujer hombre del norte o el sur de Italia. ¿Qué importan esos datos? Los que leímos las tres excepcionales novelas breves agrupadas bajo el título de *Crónicas del desamor* y el pasado año *La amiga estúpida*, primera entrega del tríptico sobre en la amistad de dos mujeres napolitanas, nosotros, digo, sabemos a estas alturas lo más importante de esa narradora –descarto la posibilidad de que



sea un narrador– que se hace llamar Elena Ferrante: sabemos que es buena, y si me fuerzan a ello diré que me parece grande.

Es preciso advertir que si en ocasiones los volúmenes que constituyen un ciclo novelístico admiten ser leídos independientemente del conjunto, en el caso de Elena Ferrante lo aconsejable es empezar por el principio, es decir: por *La amiga estúpida*, sobre la que escribió el 28 de noviembre del 2012.

Quiero recordar que la historia está contada por Lenú (Rafaela Greco) que la memoriza a partir de la súbita desaparición, a los 66 años, de su amiga de toda la vida Lila (Raffaella Cerullo). El relato abarca desde la niñez de las dos mujeres en un barrio pobre de Nápoles hasta que Lila se casa a los 16 años con el charcutero Stefano Carracci y Lenú se dispone a cursar el preuniversitario. Ahora la historia prosigue a lo largo de los sesenta del pasado siglo: mientras Lila odia a su marido, este la maltrata y ella tiene un hijo de Nino Sarratore, el joven al que Lenú también ama, y esta progresa en su educación intelectual hasta que ve editado su primer libro autobiográfico.

De manera que operando como narradora Lenú nos describe a través de su mirada a Lila, las respectivas familias, las gentes singulares del barrio y, por extensión, la sociedad napolitana y la Italia de la época (Lenú estudia en Pisa). Es difícil resistir la tentación de no ver en Elena Greco, que en el momento de ponerse a recapitular la historia de su pasado con Lila reside en Turín, la transposición literaria de la propia Ferrante. Detesto alimentar los tópicos, pero sucede que alguna vez resulta inevitable. Por ejemplo verificar –tras la experiencia de haber disfrutado con los cuatro libros de Ferrante– que, en efecto, uno no consigue disociarla del estilo de las novelas de Elsa Morante (1912-1985), no tanto de la de *La isla de Arturo* como la de *Mentira y sortilegio*, la extensa novela en la que parece desvelarse a sí misma a través de una lenta catarsis.

En *Un mal nombre* estamos en pleno nudo o punto álgido del relato. Y es en él cuando la prosa serpentina de Ferrante, apta para expresar lo coral y lo íntimo sin dar la impresión de cambiar de registros, se erige en determinante del hechizo que despliega sobre el lector. De manera que este no solo devora el libro con ansia –pese al grosor– sino que al tiempo se pregunta cuál es el foco de atracción de esa historia de apariencia corriente impulsada por los sentimientos. La respuesta –al menos para mí– reside en su forma de narrar, dotada de una fluidez que parece natural cuando en realidad es impostada, fruto de una trabajosa manipulación que la vuelve “subversiva” porque de buenas a primeras su intensidad desarma y aplasta cualquier asomo de resistencia. Un ejercicio narrativo de gran altura, admirable. Sospecho que a través de él quien se parapeta tras el pseudónimo de Elena Ferrante, quienquiera que sea, busca su propia verdad en las sutilezas de su escritura. Ese distintivo de producto auténtico hace tiempo que no lo descubriría en un autor de hoy, y menos aún del posneorrealismo italiano. Sin rostro ni vanidad, Elena Ferrante sigue siendo estúpida. Por fortuna nuestra. |

Novela Una historia de pasión, naturaleza, amor, locura y alpinismo

Duelo en la cima

Núria Perpinyà
Al vertigen

EMPÒRIES
455 PÁGINAS
20 EUROS

JULIÀ GUILLAMON

Núria Perpinyà (Lleida, 1961) se ha especializado en novelas temáticas: sobre el mundo de la ciencia, la música, el arte, y ahora (en la que es quizás la más lograda de las cinco novelas que ha escrito, juntamente con *Mistana*, publicada en el 2005), el deporte extremo. Son novelas documentadas con informaciones que se integran en todos los niveles de la narración. En el caso de *Al vertigen* se trata de páginas de historia, nombres de alpinistas, recuerdos de cordadas, exploraciones y cumbres conquistadas. Los personajes las incluyen en sus diálogos. Porque Irena, René, Jordi y el Vinyot están enfermos de alpinismo. Viven en un refugio, en una subcordillera inventada del Pi-



rineo. Subir montañas es su razón de ser y hablan de ello con pasión enciclopédica. Otras veces, se trata de detalles observados, vividos, leídos, sobre la manera de trepar por una pared, protegerse de un alud, la manera de vivir la plenitud de la montaña y la desgracia del accidente que provoca un terrible final.

Todos los protagonistas de Núria Perpinyà (el científico Joan Xammar, la pianista Olívia Kesler, la alpinista Irena Besikova) tienen

Núria Perpinyà
JORDI BELVER

El viernes, en la Nápoles de finales de los años cincuenta, era el día de la colada
HULTON ARCHIVE / GETTY

sed de absoluto. Y sus aventuras se desarrollan en un doble plano intelectual y sensible: es la búsqueda de la belleza, el conocimiento y la libertad. El narrador, René, acierta al decir: "A despit de les aparençes, els escaladors i els intel·lectuals tenen punts en comú. Rars, elitistes, gent que va a la seva. Individualistes al cent per cent".

El ambiente está muy bien descrito. El paisaje alpino, la roca caliente, el mármol verdoso, las diferentes texturas del hielo, permiten desarrollar la historia en una dimensión simbólica, como ya pasaba en *Místana*: Bachelard y sus estudios sobre la imaginación poética han dejado huella en la nieve. Mientras que la trama es más clara que otras veces, con una historia de amor-pasión que tiene fuerza, aunque se alarga en exceso al final.

El individualismo creador enfrentado a la vida razonable, la pareja, la familia, los horarios organizados, el trabajo ordenado. Y en el polo opuesto, la atracción de la fuerza y la belleza, que provoca un vertigo pasional. Entre estas dos grandes fuerzas, la voz del narrador, el guarda de refugio René Ceverni, que reconstruye la historia a partir del testimonio de mails, cartas, dictarios, y de sus propios recuerdos e impresiones de otro tiempo. La llegada de la chica, medio muerta entre la nieve y el frío, da pie a unas páginas magníficas. La historia de amor con un arquitecto de ciudad es el corazón de la novela. Con las consecuencias que tendrá para la pareja y para el propio René, observador arrebatado del amor y la desgracia ajenas.

Da la sensación que antes de empezar a escribir, Perpinyà se sumerge cada vez en un mundo por explorar, hasta que consigue hablar su lenguaje, en este caso, la lengua de las grandes aventuras alpinas. Dos ejemplos: la imagen del nudo helado que utiliza en varias ocasiones para referirse a la dificultad insoluble o a los nervios blancos que salen en los dedos de forzarlos en la escalada: un signo de superioridad que Irena comparte con René. También da la sensación que el proceso que ha llevado a la autora a sumergirse en este

La llegada de la chica medio muerta, en medio del frío y la nieve, da lugar a unas páginas magníficas

mundo simbólico es tan interesante como la trama misma de sus libros. Cada volumen es un desafío: eludir el mundo exterior y objetivo, sacar de dentro una realidad alternativa, íntimamente experimentada y sentida, a través de la cual puede hablar de los grandes temas de siempre, los grandes temas románticos del amor y el desamor, la vida y la muerte. |

Álvaro Enrique
Muerte súbita

ANAGRAMA
264 PÁGINAS
17,90 EUROS

Premio Herralde de Novela 2013

Una imagen del autor mexicano **Álvaro Enrique**
MANÉ ESPINOSA



Narrativa El último premio Herralde de novela relata una partida de tenis entre Quevedo y Caravaggio en la plaza Navona. Las pelotas están rellenas del cabello de la decapitada reina británica Ana Bolena

El fuego de la historia

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Álvaro Enrique (México, 1969) ha escrito, con *Muerte súbita*, una novela a la altura de su desmesurada ambición. Se le exige mucho al lector y, como compensación, se le da lo mucho que promete. Y más que caminar a oscuras lo hacemos en un vacío que poco a poco se va llenando y adquiriendo sentido en un *work in progress* parecido al de un pintor o al del tejedor de un tapiz.

La primera pieza de este rompecabezas, mosaico o las plumas de la cultura amateca es la decapitación, en 1536, de Ana Bolena, reina de Inglaterra. Su verdugo decide utilizar su pelo como relleno para cuatro pelotas o pellas de tenis que entregará a Francisco I de Francia. Una partida de tenis se irá desarrollando a lo largo de toda la novela en la plaza Navona de Roma, en 1599. Los contrincantes son el joven poeta Quevedo y el pintor lombardo Caravaggio. Tras la borrachera y los escarceos sexuales de la noche anterior, no recuerdan la razón de lo que se ha convertido en un violento desafío que acaba en muerte súbita o tic-break. Acompañante o padrino del pintor es un matemático cuya personalidad no nos será revelada hasta muy avanzada la novela; el del poeta es el duque de Osuna, casado con la nieta de Hernán Cortés. Uno de los apostadores es nada menos que Otero Barral, el

escelta de más rango del duque.

Estamos ante una novela de encuentros y enfrentamientos, de secretos y de revelaciones y, sobre todo, de cambios radicales: Francisco I, Enrique VIII y Carlos I, la reforma, la contrarreforma y el Concilio de Trento o la conquista de Tenochtitlán, hoy Ciudad de México, como expresión de lo que será el Nuevo Mundo cristianizado por los españoles. Pero las culturas indígenas, sobre todo la azteca, han de penetrar en la de los conquistadores. El escapulario de Cortés no sirve sólo de talismán o amuleto para ayudar a Quevedo en el partido de tenis. Caravaggio, al descubrirlo, exclama: "¿Has visto cómo refleja la luz?". Pero hay una revelación todavía más importante: cuando ve uno de los mantos que Moctezuma regaló a Carlos I. A los lectores nos da la clave de cómo está concebida la novela. El manto "estaba cargado de motivos. (...) Era un relato abigarrado y misterioso construido el colores pardos por un artista que podía bordar con una filigrana y una habilidad notables"; estos tejidos con plumas de ave de los amatecas "encierran los misterios del culto". Caravaggio queda igualmente fascinado con las siete mitras del taller de Huanitzin "maceradas por el cerebro retacado de hongos de un grupo de indios de Michoacán", "una obra de arte, como un sueño", "sie-

te fuegos vivos, un despliegue de luz que ondeaba de acuerdo con la respiración de los dioses que, callados e irreverentes, seguían -siguen tal vez- tejiendo los hilos del tapete que nos sostiene". Como este inmenso mural que es *Muerte súbita*. A Caravaggio la mitra le enseña a ver de un modo más grande, sensible como es a las refracciones de luz. El pintor que se retrató degollado en dos cuadros, David con la cabeza de Goliat y Salomé con la cabeza de Bautista, pintará -ahora desde la absoluta libertad, desplegando los poderes de sus experimentos visuales-. La canasta de fruta, en el que busca "reproducir en golpe de la luz en la textura de una pared de verdad", "antes de que incendiara la historia del arte con los rojos de Judit cortando la cabeza de Holofernes".

En *Muerte súbita* asistimos a un duelo formidable que cambiará el destino de la humanidad y en el que caben la violencia y delicadeza, lo sublime y lo más descaradamente obsceno, la hipérbole de las crónicas de Indias, la rica información sobre el tenis desde sus orígenes y la conciencia de que, como todos los libros, este "viene mayormente de otros libros", sin que haya aquí nada de libresco. Por el contrario, penetramos en lo más vital de la historia, del arte, y de los torbellinos que nos han arrastrado a la modernidad. |